

De dioses y pandemias

Michael P. Moore
Universidad Católica de Córdoba Argentina

Introducción con dudas

“De lo que no se puede hablar es mejor callar”, decía el filósofo austriaco L. Wittgenstein, y se refería allí a cuestiones como las que quiero reflexionar ahora –breve y apurado por las circunstancias–: Dios, el mundo, la libertad, etc. “De lo que no se puede hablar...” es mejor intentar decir algo, creo yo: con respeto, pero con claridad y firmeza (al menos, con la claridad y firmeza que nos permiten las cosas de la fe). Porque lo que se pone en juego en estas situaciones es –nada más y nada menos– que nuestra imagen de Dios: ¿quién es el Dios en el que se basa mi fe y cómo se relaciona con la(s) historia(s)? Partamos de un presupuesto: es humanamente entendible que, en situaciones de grandes calamidades, los hombres –los de ayer y el de hoy– acudamos a Dios o a las divinidades –tengan el nombre que tengan– para que solucionen aquello que ya nosotros –las ciencias p.ej.– no podemos solucionar porque escapa de nuestras manos. Esto se exagera, lógicamente, cuando se ve amenazado el don más grande que tenemos: la vida.

¿Qué hacer, pues, hablar, callar, rezar...?

Un “Dios anti-pandemia”

Concretamente, en estos días en que nos vemos seriamente azotados por una pandemia, desde distintos sectores de la Iglesia se acude a cadenas de oración, pedidos de intercesión a santos, ofrenda de sacrificios, rezos ante imágenes (supuestamente) milagrosas, etc. para que, por su mediación, Dios intervenga y frene el flagelo o, al menos, consuele a los desconsolados. Esta actitud presupone –generalmente a nivel pre-consciente y a-temático– que Dios puede hacerlo y que, quizá lo haga, si nosotros insistimos “con mucha fe” (¿?). Inevitablemente, si pensamos un momento esa postura, desembocamos en ciertas aporías que no hacen más que infantilizar o debilitar la fe, porque: ¿si Dios puede evitar ahora esta desgracia, porque no lo hizo antes?¹ ¿es que Dios necesita que nosotros lo convenzamos para que haga algo? En este caso, pareceríamos ser mucho más misericordiosos y atentos al sufrimiento del mundo que Dios mismo, porque no se entera o porque todavía no se decide a actuar.² Desde la revelación mediada por Jesucristo hay que afirmar que Dios es lo contrario a todo tipo de mal, y que no es indiferente a nuestros sufrimientos; pero esto no implica que sea un Gran Mago que, desde “el cielo” y de vez en cuando –muy de vez en cuando, por cierto, si tenemos en cuenta las enormes catástrofes que ha padecido la humanidad– interviene con golpes de varita mágica para interrumpir el curso de las leyes y de las libertades, evitando así el sufrimiento de los hombres.

El COVID 19 existe porque también los virus forman parte de un mundo finito y en evolución: de la única manera que podría haberlo hecho un Creador. El freno a este flagelo depende del descubrimiento de la vacuna necesaria, y esto es obra y

¹ Damos por sentado que ya hemos superado, al menos, esa imagen de un Dios que mandaba desgracias como castigos o como pruebas, es decir, al que se le atribuía una directa causalidad eficiente. Aunque, lamentablemente, no han faltado voces en estos días que escatológicamente así lo señalaban.

² Sobre estos tópicos se ha cansado de escribir el teólogo español A. Torres Queiruga, quien, en este contexto, “define” a Dios, precisamente, como el “Anti-mal”. Cf. principalmente: A. Torres Queiruga, *Repensar el mal. De la ponerología a la teodicea*, Madrid: Trotta, 2011 (esp. cap.VII: “Dios el anti-mal”, 263-336). De esa intuición tomamos el título de “Dios anti-pandemia”.

responsabilidad del hombre, no de Dios. Porque la historia está en nuestras manos... ¡y nuestras manos, sostenidas por las de Dios! –si se me permite tan antropomórfica metáfora. Ni deísmo, pues, ni intervencionismo: *Dios-hace-haciendo-que los hombres-hagamos*.³

Argüir que no podemos quitarles a muchos creyentes su última esperanza en que “Dios puede hacer algo” –si somos muchos los que rezamos insistentemente– es como ofrecerle un antídoto que sabemos falso, porque no lo curará. No me parece honesto. Ningún médico sensato, en estos momentos, aconsejaría tomar aspirinas como método infalible para frenar el virus; del mismo modo, exhortar a los fieles a la oración como escudo para defenderse de la pandemia o como receta segura para movilizar la omnipotencia divina, no me parece serio ni justificable. La oración cambia al orante, no cambia a Dios. Espero resulte claro que sólo estamos haciendo alusión a cierto tipo de oración de petición, que se mueve desde presupuestos –creo yo– no acertados, sobre todo, porque “no hacen justicia” a Dios. Otra –muy distinta, por cierto– es la oración que puede brotar en este momento de dolor desde el creyente que se sabe habitado, sostenido y acompañado por el Espíritu, y tematiza allí esa vivencia como grito angustiado o como descanso confiado; es la plegaria de aquel que sabe que su vida está inmersa en otra Vida de la que ha nacido y a la que retornará –perdón por las metáforas, ahora, espacio-temporales–, y que cree esperanzadamente que ninguna muerte tiene la última palabra. Es, en definitiva, la oración de Jesús en Getsemaní (cf. Lc 22, 39-46): oración que nace del miedo y la angustia ante la amenaza de la muerte –¡Jesús no quiere morir!–; que desde ese sentimiento primario intenta “negociar” con Dios (“si es posible...”) pero que, seguidamente, se percata de la necesidad de que se cumpla la voluntad del Padre. Y la voluntad del Padre no es –directamente– que su Hijo muera, sino que Él sea consecuente hasta el fin con su opción de vida, aunque esto suponga la muerte. Porque, nuevamente, está en juego el respeto absoluto a la libertad humana, en cuyas manos yace el Dios entregado a través de la carne de su Primogénito.

La oración de Jesús en el huerto de los olivos creo que puede ser un buen ejemplo en estos días grises: nace del temor y la incertidumbre, atraviesa la tentación de no querer enfrentar la realidad, y desemboca en la entrega confiada y silente. Que esta noche oscura no nos encuentre, como a los discípulos, “dormidos a causa de la tristeza” (Lc 22, 45).

Un “Dios post-pandemia”

Resumendo: desde el presupuesto dogmático de que Dios es Amor, debemos de dejar de cargar a Dios con la responsabilidad de frenar este mal que azota hoy a muchos hombres y mujeres. Ni Dios envía sufrimientos al mundo ni, estrictamente hablando, los permite, puesto que esto último supone creer que, pudiendo evitarlos, no lo hace. Porque ¿qué padre, qué madre, no haría cuanto esté a su alcance para minimizar el dolor de cualquiera de sus hijos? Y si, al menos como afirmamos los cristianos, Dios *es* amor, Dios *es el* amor, sería contradictorio con su esencia pensar que, pudiendo evitarnos sufrimientos, por alguna “misteriosa” razón, no lo hace. De aquí surge, claramente, que debemos también repensar el tema de la llamada “omnipotencia divina” y su relación con la bondad radical de Dios.⁴ Pero prefiero en este limitado espacio responder no desde la discusión hipotética y teórica, sino desde un hecho concreto. Por eso, he titulado este segundo apartado desde la clave de un “Dios post-pandemia”. Me explico.

³ Nos permitimos remitir a lo que hemos escrito, estudiando la teología de J.I. González Faus, en: M. Moore, *Creer en Jesucristo. Una propuesta en diálogo con O. González de Cardedal y J.I. González Faus*, Salamanca: Secretariado Trinitario, 2011, 291-329.

⁴ Cf. A. Torres Queiruga, *Repensar el mal...*, 175-206 (esp.176-183).

Los cristianos creemos que Dios se ha revelado de un modo pleno –aunque no único– en la historia de Jesús de Nazaret; por eso debemos volver una y otra vez la mirada del corazón a esa vida. Vida que termina en el fracaso de la cruz –y no nos escapamos rápido hacia el domingo de resurrección. En medio de aquel escenario de dolor, los evangelistas ponen en boca de los que contemplan al crucificado, una suerte de súplica/puesta a prueba: “si es el Hijo de Dios que baje de la cruz y creeremos en Él...” (Mt 27,40; Mc 15,31; Lc 23,35). Esta actitud es sumamente comprensible, me atrevería a decir “muy humana”. Al menos, intuyo que es la de todo creyente –de cualquier creencia– cuando se encuentra frente al misterio del dolor: pedir ser bajado de la cruz. Y aquí, me parece, nace gran parte de la paradójica novedad del cristianismo, porque el Padre no baja de la cruz a su Hijo amado. Muere. Y muere sufriendo, fracasado, solo, oscilando entre la desesperanza (Mc 15,34) y la entrega confiada (Lc 23,46).

Luego, quienes ponemos el centro de nuestra fe en la historia de ese judío marginal, tenemos que hacer teología *post-factum*, esto es, después de ese hecho concreto: Dios no lo des-clavó “milagrosamente” de la cruz. Hacer teología, pensar creyentemente –en forma adulta– supone asumir ese duro dato de realidad, y preguntarnos: ¿si no intervino en el destino de su Hijo –y esto porque habría implicado violar la libertad de los hombres que habían decidido que su propuesta era in-útil–, tenemos derecho a reclamarle que lo haga en nuestras historias?

Pero también en la cruz hay revelación: se nos dice algo importante sobre Dios y sobre la vida; sobre las víctimas y los verdugos. Lo primero que se manifiesta, evidente, es que nuestro Dios respeta la autonomía de las creaturas y de toda su creación; y, lo segundo, el escandaloso poder de la injusticia sobre los buenos, de los verdugos sobre las víctimas. Aunque sólo se le concedan palabras pen-últimas porque, al menos los cristianos, creemos en la resurrección, entendida no como la revivificación de un cadáver, sino como el triunfo de la Vida sobre la muerte: Dios tiene la última palabra y, así, relativiza el señorío de la(s) muerte(s).⁵ Pero no lo hace “saltándola” sino atravesándola; si se me permite la obviedad: Jesús resucita *después* de morir. El Padre no lo baja de la cruz; lo rescata de la tumba. Subrayo esto para no quitar nada de la densa oscuridad que tiene la máxima expresión de nuestra fragilidad: la muerte. De alguna manera, Dios “nos entiende” porque sufre la muerte de su Primogénito –como sigue sufriendo cada muerte de cada hijo–; pero, aun sufriendolas, no hace el “milagro”. Y nótese que los judíos piadosos decían que si se producía ese portentoso –que sea bajado de la cruz– creerían en Él... y, entonces, uno puede preguntarse: ¿no vino Jesús para que creyéramos en Él, en su mensaje, en el Padre que revelaba? ¿por qué no hizo ese “pequeño esfuerzo” y todos habrían creído –ayer y hoy– en Él? Repito, pues, hay que hacer teología *post-factum*: Dios no negocia su modo de ser y obrar con nuestras condiciones. Nuestra fe no puede depender de esas intervenciones pseudo-milagrosas.

Mientras escribo estas líneas, sólo hoy y sólo en Italia, más de 600 personas fallecieron, más de 600 hijos de Dios. No son números; son vidas y son historias. Y son familias que quedan destruidas. Personalmente, hago teología después de la cruz, post-pandemia. Y me pregunto –una vez más– quién y cómo es mi Dios. Y así como no pedí que bajara a mi madre de su lecho de cruz y dolor mientras moría, no lo haré tampoco hoy. Descubro al Dios en quien creo sosteniendo a tantos hombres y mujeres que, en estos mismos momentos, están arriesgando su vida para que otros vivan. Y renuevo –en el claro oscuro de la historia– mi profesión de esperanzada fe que me susurra que la muerte no tiene la última palabra. Pero sí penúltimas. Que escandalizan. Y duelen mucho.

⁵Remito a los densos y bellos análisis de: J. Sobrino, *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, Madrid: Trotta, 1999² (esp. 11-166).

Un “Dios en-pandemia”

Decíamos que para los creyentes y/o buscadores, de un modo particular en los momentos de cruz, la mirada del corazón se dirige al cielo preguntando ¿por qué Dios no hace algo? ¿dónde está Él mientras tantos hijos suyos se deshacen en el dolor, y resbalan, lentamente, hacia la muerte? ¿existe, en verdad, algún Dios?... y si existe ¿cómo es? Son cuestiones que –repito– no pretendo ni puedo responder de forma definitiva; pero como creyente –y como teólogo– la vida y, en este momento, su lado oscuro, me interpela a decir algo que me consuele, que me sostenga, que me siga animando y que no se resuelva en la postura que, a mi juicio, suena un tanto fideísta: frente al mal, hay que cerrar los ojos –y la inteligencia– porque es un misterio... como lo es Dios. Sin duda, Dios es esencialmente un misterio que, aún después de revelarse, sigue permaneciendo tal (K. Ranher); y esto se agudiza cuando ponemos en diálogo el binomio Dios-mal. Pero esto no nos inhibe, más aún: creo que nos empuja a intentar decir algo. Con temor y temblor. Pero algo. Nos asomamos al misterio, nos sentimos seducidos y nos animamos a balbucear algunas palabras, aunque sean provisorias.

Si antes hablamos de un “Dios anti-pandemia” y de un “Dios post-pandemia”, ahora me gustaría intentar descubrir algo de Dios en medio de esta realidad: un “Dios en-pandemia”. La tesis es que, de alguna manera –y subrayo esta matización– Él está sufriendo *en* y *con* los que sufren este flagelo, y también está salvando *con* y *a través de* tantos que están donando su vida en el anonimato. Soy consciente del riesgo de antropomorfización que supone hablar así; pero prefiero correr este riesgo a postular un Dios indiferente y ocioso, o un Dios mágico que todavía no se ha decidido –porque quizá todavía no lo hemos convencido a base de súplicas y ofrendas– a frenar esta pandemia (y mientras escribo estas otras líneas, las víctimas oficialmente reconocidas ya superan largamente las 18000).

Entre los muchos textos bíblicos que podría elegir como disparador para este apartado, quiero detenerme sólo en uno, porque creo que es el más explícito. Me refiero al pasaje mateano conocido como “del juicio final”: Mt 25, 31-46.⁶ Envuelto en el lenguaje apocalíptico propio de la época, se encierra una de las verdades más importantes del cristianismo: la imposibilidad de separar el amor a Dios del amor al hombre, y la necesidad de encontrar a Dios en el hombre y al hombre en Dios. De un modo más concreto, el texto habla del hombre que sufre distintos males: hambre, pobreza, exclusión, prisión, enfermedad.⁷ Para el tema que nos ocupa, resulta significativo que Jesús hable concretamente del mal de la enfermedad. Y que se declare identificado con el que la padece: “cada vez que lo hicieron... *a mí* me lo hicieron”. La clave está en ese versículo 40: “*a mí*”; en efecto, “el vaso de agua dado al pobre no podría alcanzar a Cristo si no le ha alcanzado primero la sed de ese pobre”.⁸ Hay aquí una identificación –si se me permite la osada expresión– más que sacramental. Jesús no dice “es *como si* me lo hicieran a mí”, sino “*a mí* me lo hicieron”. De aquí surge una primera revelación: de alguna manera, Dios sufre por medio de su Hijo en el sufrimiento de cada hombre con el cual Él sigue identificado. Hay una suerte de prolongación vicaria del Crucificado en la carne herida

⁶ Para un comentario exegético-teológico en esta línea, puede verse: X. Pikaza, *Hermanos de Jesús y servidores de los más pequeños (Mt 25,31-46): juicio de Dios y compromiso histórico en Mateo*, Salamanca: Sígueme, 1984.

⁷ Urge alargar la lista a otros tantos “nuevos” sufrimientos que padecen nuestros contemporáneos, víctimas muchas veces de las exclusiones que generamos desde la sociedad civil y desde la misma Iglesia-institución.

⁸ J.I. González Faus, *La humanidad nueva: ensayo de Cristología*, Santander: Sal Terrae, 1984⁶, 598. Cf. M. Moore, *Creer en Jesucristo...*, 313-316 (“Dolor del mundo, dolor del pobre, dolor de Dios”)

de los hombres y mujeres que siguen crucificados... hoy, por esta pandemia. Por eso titulamos estas últimas líneas “Dios en-pandemia”, como una invitación a intentar descubrir dónde está nuestro Dios en medio de esta noche oscura. Y la respuesta que brota del texto evangélico es: Él está sufriendo con el que sufre. Como también lo proclama el profeta Isaías: “en todas las aflicciones de ellos, él estaba afligido” (Is 63,9). Claro que, para muchos, esto no basta. Porque preferirían no un Dios que sufre con ellos sino un Dios que evita el sufrimiento, que no sufre ni deja sufrir. Nuevamente: esto es humanamente entendible. Pero ¿es eso lo que se revela en el Crucificado? Por eso, como venimos sugiriendo, el tema de este mal concreto nos está invitando a re-pensar quién es el Dios en quien creemos.

Y en el texto que comentamos, se insinúa como respuesta otra escandalosa revelación: Dios está presente no como aquel que evita el dolor del mundo, sino como aquel que lo padece y soporta y, entonces, es el hombre quien está llamado a evitar el sufrimiento de Dios en la historia.⁹ Dicho gráficamente: la pregunta que el hombre dirige al cielo en medio de su dolor: ¿por qué no hacés algo?, Dios la devuelve al hombre desde su identificación con el sufriente: ¿por qué no hacés algo vos? Y desde allí nos interpela para que aliviemos su dolor, que es el mismo dolor de su creatura. Dios es el que sufre y es el hombre quien está convocado a dar el vaso de agua para calmar su sed, que es la misma sed del sediento. Focalizando nuestra mirada en el momento actual: es el hombre el que está urgentemente interpelado para ayudar –de la manera que pueda– en esta pandemia. Así, una vez más, se nos revela la “insoportable” discreción de Dios¹⁰ que afirma la total autonomía de la historia y que sólo interviene con la llamada silenciosa de su amor. Dios como solidaridad que acompaña, y no como poder que interviene. O que sólo lo hace a través de tantos y tantas que, en estos precisos instantes, están arriesgando su vida en favor de otro... generalmente desconocido. Gratuidad pura. Y no interesa en nombre de quién o de qué lo hagan: esto resulta claro en el pasaje mateano, donde unos y otros declaran no conocerlo; por tanto, los que ayudan, no lo hacen “en nombre de Dios”. Sin embargo, allí se están jugando la salvación; y quiero extender la significación de esta palabra tan ambigua en el lenguaje de la fe, hacia más acá de la otra vida: vivir como salvados, aquí y ahora, supone haber encontrado un sentido pleno a la vida. Aunque eso implique perder la propia.

Conclusión con esperanza

Sé que estas breves líneas necesitarían más explicaciones,¹¹ porque es mucho lo que se pone en juego y porque arrastramos años de una catequesis que ha condenado a tantos creyentes al infantilismo y, a otros, a alejarse de Dios. Necesitamos caminar hacia una fe adulta que permita decir una palabra pero que esté a la altura de las circunstancias. Para nosotros y para los demás: “estén siempre dispuestos a dar razón de su esperanza a todo aquel que se los pida, pero háganlo con humildad y respeto” (1 Pe 3,15). Y con claridad.

Sé también que la insolente realidad del mal y del dolor del mundo –que hoy viene del virus COVID 19– empuja más al escándalo y la protesta que a la fe; a la duda, más que al asentimiento. Pero también puede ser una buena ocasión para purificar esa misma fe y descubrir qué es lo esencial en ella. Por mi parte, me gustaría de-finirla y para

⁹ Cf. J.I. González Faus, *Este es el hombre: estudios sobre identidad cristiana y realización humana*, Santander: Sal Terrae, 1985, 33.

¹⁰ Cf. Ch. Duquoc, *Mesianismo de Jesús y discreción de Dios. Ensayo sobre los límites de la cristología*, Madrid: Cristiandad, 1985.

¹¹ P.ej. para intentar superar el literalismo bíblico que está en la base de tantas interpretaciones desviadas de la fe.

concluir, desde la exhortación que el mismo Jesús nos sigue haciendo: “misericordia quiero y no sacrificio” (Mt 9,12; 13,7; cf. Os 6,6). Mientras Dios no llegue a ser “todo en todos” (1 Co 15,28) continuará el sufrimiento en este mundo contingente y finito. Se trata ahora, en este mientras tanto doloroso, de pensar y testimoniar a un Dios que, porque es esencialmente “anti-pandemia”, habrá que descubrirlo “post-pandemia” y, sobre todo, vivenciarlo “en-pandemia”. Esto último, practicando la misericordia, para aliviar nuestro dolor, que es el suyo.

Termino de redactar estas reflexiones un 24 de marzo, en el 40º aniversario del martirio de San Romero de las Américas, víctima también, pero de otros males. A él las dedico, porque supo denunciar sin temor ni temblor las injusticias de ese mundo en el cual él vivió –y por lo cual fue asesinado–; injusticias que hoy siguen matando impunemente, sobre todo en los lugares donde los males son siempre peores para los más empobrecidos. Y quiero concluir las con las palabras de otro profeta-poeta, que nos interpelan y desafían como creyentes sabiendo que, en los mismos instantes en que yo termino –cómodamente– de escribir estas líneas y ustedes de leerlas, hay quienes están entregando sus vidas para que otros vivan. Como Jesús. Como Romero:

Eran diez leprosos. Era
esa infinita legión
que sobrevive a la vera
de nuestra desatención.

Te esperan y nos espera
en ellos Tu compasión.
Hecha la cuenta sincera,
¿cuántos somos?, ¿cuántos son?

Leproso Tú y compañía,
carta de ciudadanía
nunca os acaban de dar.

¿Qué Francisco aún os besa?
¿Qué Clara os sienta a la mesa?
¿Qué Iglesia os hace de hogar?¹²

¹² P. Casaldáliga, *Sonetos neobíblicos precisamente*, Buenos Aires: Claretiana, 1996, 20.